

¿DONDE ESTAN LOS RESTOS OSEOS HUMANOS DEL PERIODO PLEISTOCENO TARDIO?

Problemas y perspectivas en la búsqueda de los primeros americanos*

Tom D. Dillehay**

Resumen

En Sudamérica se conocen pocos restos óseos humanos confiables que supuestamente pertenecieron al Pleistoceno Tardío (antes de 10.000 A.P). Todos ellos tienen problemas de contexto, asociación y/o fecha de radiocarbónico. Lo mismo ocurre con el registro humano temprano de Norteamérica. Este problema se discute en términos de 1) visibilidad arqueológica y muestreo, 2) tendencias de estudio variables que afectan el registro, 3) patrones funerarios de los grupos de cazadores-recolectores tempranos que eluden el estudio arqueológico, y 4) soluciones posibles para resolver el problema.

Abstract

WHERE ARE THE LATE PLEISTOCENE HUMAN REMAINS? PROBLEMS AND PERSPECTIVES IN THE SEARCH FOR THE FIRST AMERICANS

Very few, if any, reliable human skeletal remains have been recovered for the late Pleistocene period (before 10.000 B. P.) in South America. They all have problems of context, association, and/or radiocarbon dating. The same is true for the early human record in North America: This dilemma is discussed in terms of 1) archaeological visibility and sampling, 2) other biases affecting the record, 3) mortuary patterns of early hunter-gatherers groups that elude archaeological discovery, and 4) possible solutions to resolve the problem.

Introducción

¿Cuándo arribaron por primera vez los seres humanos al Nuevo Mundo? ¿cómo llegaron? ¿qué clase de tecnología, economía y organización social tuvieron? ¿cómo fue su estructura biológica? ¿cuáles fueron sus creencias religiosas? ¿dónde y cómo enterraron a sus muertos? ¿cómo se adaptaron y cuál fue el impacto que tuvieron en la vida animal y vegetal de la edad de hielo del Pleistoceno en las Américas? Estas y otras preguntas no tienen hasta hoy respuestas claras. Desde hace unos 50 años se aceptaba generalmente que los famosos Clovis, cazadores de megafauna armados con puntas de proyectil acanaladas, fueron los primeros seres humanos en trasladarse desde la Siberia o noroeste de Asia hacia Alaska alrededor de 11.500 años a.p., colonizando el Nuevo Mundo (Meltzer 1989; Lynch 1990; Bryan 1991; Stanford 1991). Si se acepta esta afirmación, no se explica cómo es que esta técnica de acanaladura alcanzó Tierra del Fuego, en el extremo de Sudamérica, casi al mismo tiempo que aparece en Norteamérica, hecho sugerido por la presencia de las llamadas puntas tipo "cola de pescado" en ambos lugares. Tampoco se explica el porqué no se ha hallado aún evidencia de sitios Clovis en Alaska. Una hipótesis alternativa consiste en la llegada de seres humanos antes de 12.000 a.p. trayendo con ellos una tecnología pre-Clovis diferente y menos especializada y que la técnica de acanaladura se esparció posteriormente. Pero aún este punto de vista presenta problemas, ya que no existen pruebas fehacientes para actividades pre-Clovis en Norteamérica (Dillehay y Meltzer 1991).

* Traducción del inglés al español: Rafael E. Valdez.

**University of Kentucky, Department of Anthropology, 211 Lafferty Hall, Lexington, KY 40506-0024. Fax: 606-323-1959.

Se presenta otro problema adicional por la casi ausencia o extrema escasez de evidencias directas acerca de la estructura física y genética de los primeros americanos del Pleistoceno, especialmente de los sudamericanos. De hecho no se ha excavado en Norteamérica ni en Sudamérica resto óseo humano alguno claramente proveniente del Pleistoceno Tardío (cf. Taylor et al. 1985), lo cual significa que se trata de los únicos continentes del planeta en los que la presencia humana temprana se reduce casi exclusivamente a vestigios o artefactos. ¿Cuáles son las razones para el hecho de que el registro de restos óseos humanos pleistocénicos sea tan evasivo en las Américas, particularmente tomando en cuenta que el registro correspondiente del Periodo Arcaico Temprano siguiente (aproximadamente 9.500-7.000 a.p.) es relativamente abundante? Probablemente será posible comprender mejor los otros aspectos evasivos y controversiales cuando se obtenga la respuesta a esta pregunta.

El problema se vuelve más complicado por la presencia de dos tipos aparentemente coexistentes de tipos humanos tempranos en Sudamérica, fechados entre el Pleistoceno Final y el Holoceno Temprano: una forma robusta y otra grácil. Esta temprana diversidad en los tipos de población humana genera preguntas importantes acerca del fechado y la dirección del ingreso, así como de los tipos de hombres que migraron hacia el Nuevo Mundo. Los resultados de recientes estudios morfológicos de cráneos de varios restos humanos tempranos provenientes de varias localidades del Hemisferio Occidental, arrojan nuevas luces sobre este tema particular. Estos estudios sugieren que los sudamericanos más tempranos que se conocen no presentan la afinidad morfológica esperada con los tipos asiáticos nororientales o siberianos pero sí con las poblaciones del Pacífico Sur y surasiáticas (cf. Lahr 1996; Steele y Powell 1992; Neves y Pucciarelli 1990). Datos complementarios son los que nos ofrecen las investigaciones de genetistas, las que también indican fuertes afinidades entre las poblaciones sudamericanas y surasiáticas (Zago et al. 1995), así como con poblaciones asiáticas en general (Torróni y Wallace 1995). Estos estudios, junto con los nuevos hallazgos arqueológicos en Sudamérica, nos están forzando a reconsiderar seriamente el origen y naturaleza de los primeros grupos humanos que habitaron el continente americano.

En este ensayo voy a analizar brevemente 1) la naturaleza y significado del registro negativo de restos óseos humanos del Pleistoceno Tardío en Sudamérica en relación con las prácticas y creencias funerarias tempranas y 2) las amplias implicancias de la diversidad de tipos de estructuras óseas en las Américas.

Primer aspecto: ¿dónde están los restos óseos?

De los varios indicadores arqueológicos posibles acerca de los grupos humanos del Pleistoceno Tardío en las Américas, sus prácticas funerarias son las menos documentadas. A los primeros americanos no se les concede la presencia de un entierro significativo, como a los del Periodo Arcaico Temprano (aproximadamente 9.500 a.p.). Muchos arqueólogos y antropólogos físicos aluden a restos óseos humanos fechados en las etapas finales de la edad de hielo, pero ninguno de estos vestigios ha sido encontrado por arqueólogos. Fuera de esto, se han recuperado pocos restos óseos humanos de sitios del Pleistoceno, los que son muy fragmentarios, provienen de contextos cuestionables y/o carecen de un fechado radiocarbónico seguro. V. g., Taylor y un grupo de investigadores (1985) han demostrado que el análisis radiocarbónico de restos humanos de varios sitios a los que previamente se les asignaron fechados entre 70.000 y 15.000 años a.p., no tienen una datación anterior a 10.600 a.p. Sólo dos sitios fechan en la mitad del décimo milenio a.p.: Wilson Cave en Montana y Mostin en California (Taylor et al. 1985). Las evidencias más tempranas conocidas de restos óseos humanos de Sudamérica provienen de Las Vegas en Ecuador (Stoherth 1985), Lauricocha (Cardich 1964) y Paiján en el Perú (Chauchat 1988), Lago Verhelma en Brasil (Schmitz 1987) y La Moderna en Argentina (Politis y Olmo 1986), todos fechados entre 9.500 y 7.000 a.p.

La diversidad de prácticas funerarias en estos sitios arcaicos (y en sitios más tardíos) sugiere que el enterramiento del individuo fue una actitud relativamente formalizada y sin mayores diferencias culturales al interior de cada región. Se trata de entierros tanto del tipo primario como secundario, con pocas variaciones en orientación y tratamiento del individuo, incluyendo el ocre rojo sobre los huesos recuperados en algunos sitios en el noroeste de Argentina (Gonzalez 1985), Costa Central del Perú (Quilter 1989) y norte de Chile (Allison 1985). La presencia de

prácticas funerarias tanto de tipo primario como secundario puede estar relacionada con la naturaleza nómada y seminómada reflejada en muchos patrones de asentamiento del Periodo Arcaico. En su mayoría se trata de entierros individuales, aunque también existen algunos múltiples (Stoherth 1985; Quilter 1989; Schiappacasse y Niemeyer 1984). Hay individuos en posición extendida, muy flexionada o apenas contraída. En otros casos se hicieron entierros en pozos profundos a pocos metros de la vivienda, sugiriendo que los individuos enterrados fueron probablemente ocupantes de esa. También se enterraron individuos en estructuras funerarias en el centro de sitios de vivienda previamente ocupados. En general, a los grupos humanos del Periodo Arcaico Temprano les preocupaba tanto la vida como la muerte y el tratamiento de sus muertos era generalmente muy cuidadoso y meditado, lo cual permite deducir que pudieron haber existido prácticas similares, si bien posiblemente menos sofisticadas, en las etapas tardías del Pleistoceno.

La escasa o inexistente evidencia de restos óseos del Pleistoceno Tardío en América es particularmente intrigante si se la compara con el registro arqueológico del Viejo Mundo, que se caracteriza por la presencia de restos homínidos y humanos que se remontan a dos millones en algunas áreas y 50.000 a.p. en otras, con patrones y rituales funerarios bien definidos. Por primera vez en la historia de la humanidad, los neandertalenses en Europa y Asia (aproximadamente 60.000 a.p.) ejecutaron entierros rituales, una actividad exclusivamente humana (Trinkhaus y Shipman 1992). V. g., en el sitio de Le Moustier, región de Perigord, Francia, el cuerpo de un adolescente neandertal fue colocado dentro de una fosa, donde yacía sobre su lado derecho. Su cabeza descansaba sobre su antebrazo, en actitud de dormir. Un conjunto de sílex le servía de almohada, un bifaz bien trabajado se ubicaba cerca de su mano y alrededor del cuerpo se encontraban esparcidos huesos de uro. Algunos prehistoriadores especulan que estos huesos tenían pedazos de carne en el tiempo en que este joven emprendió el viaje al más allá, constituyendo su alimento para la última jornada.

En La Ferrassie, otro sitio de la región de Perigord, fueron descubiertos seis individuos: un hombre, una mujer, dos juveniles y dos infantes. La mujer estaba colocada en posición fetal extrema, con sus rodillas a la altura de la mejilla. Sobre la cabeza y hombros del hombre se colocó, en forma aparentemente intencional, una losa de piedra. También se colocaron junto a él pedazos de lascas de sílex y astillas óseas. Otra laja, asociada al entierro de uno de los niños, llevaba marcas en forma de pequeños agujeros en una superficie y ócre rojo en la otra.

En un sitio más distante, Teshik Tash, ubicado en Uzbekistán, Asia Central, se hallaron los restos de un joven que aparentemente fue colocado en su tumba con seis pares de cráneos de cabra montés formando un círculo rodeando su cabeza. En la cueva de Shanidar, con una antigüedad de 60.000 años y localizada en las montañas Zagros de Irak, se recuperaron los restos de al menos nueve individuos. Uno de ellos, un hombre muerto aparentemente por un desprendimiento de rocas a la edad de 40 años, fue enterrado con un acopio de flores, tal como lo indicaba la presencia de polen de plantas exóticas (Trinkhaus y Shipman 1992).

Comparado con los entierros frecuentemente más elaborados de los primeros verdaderos seres humanos modernos (*Homo sapiens*), los de los neandertalenses eran simples y burdos. El hecho de que algún tipo de ritual funerario haya existido en el Paleolítico Medio es testimonio elocuente de la formación de una conciencia acerca de la vida y la muerte y de lo trascendental de la vida misma. Este es un criterio fundamental con el cual se identifica la actividad propiamente humana, y es un aspecto de importancia mayor que la presencia de sitios de ocupación, piezas líticas u otros artefactos. No existe evidencia de prácticas funerarias anteriores en el Viejo Mundo, por lo cual, los neandertalenses, aparentemente, dieron un paso importante.

Patrones funerarios similares aparecen en Australia, un continente poblado hacia fines del Pleistoceno tal como las Américas. La evidencia arqueológica de Australia sugiere que el hombre llegó allí alrededor de 40.000 o posiblemente 60.000 años a.p., aunque también hay muchos sitios que han producido restos humanos fechados entre 30.000 y 10.000 a.p. Se trata de entierros individuales o múltiples, regularmente encontrados en sitios sepultados en terrazas aluviales, cuevas, abrigos y pantanos, asociados a menudo con rituales y ofrendas funerarias (Allen y O'Connell 1995).

Dado que los entierros humanos han sido encontrados a través de toda Europa, Asia y Australia desde aproximadamente 50.000 a.p. y que éstos son antecesores de los primeros ameri-

canos, habría que preguntarse por qué no encontramos restos humanos pleistocénicos en el Nuevo Mundo. Esta ausencia puede sugerir varias posibilidades: 1) un prejuicio paradigmático, el cual nos conduce lejos de los sitios de entierro. En otras palabras, simplemente no estamos buscando en los lugares correctos donde pudieran existir restos humanos, porque pensamos que sabemos con certeza donde vivieron y enterraron a sus muertos los grupos humanos tempranos; 2) invisibilidad arqueológica, en el sentido que la actividad geológica ha cubierto estos sitios de entierro tempranos; 3) prácticas funerarias destructivas o no visibles, planteamiento que se basa en el supuesto de que los primeros americanos practicaron ritos destructivos de sus muertos, que poseyeron una ideología o práctica funeraria diferentes o que no se dieron entierros de tipo grupal; 4) restos óseos humanos radiocarbónicamente contaminados, lo que implica una clasificación cronológica errónea en relación a la presencia de los primeros americanos debido a muestras contaminadas que produjeron dataciones más tempranas (este argumento no es muy probable dados los sofisticados recursos actuales al alcance de los científicos); o 5) cualquier combinación de los factores anteriores.

Los arqueólogos asumimos que los primeros americanos enterraron a sus muertos y desarrollaron patrones funerarios más parecidos a los de sus predecesores del Viejo Mundo que a las de sus sucesores del Periodo Arcaico Temprano. Esta presunción, sin embargo, no es necesariamente válida. Algunos de los primeros americanos pueden haber practicado antropofagia, la cual, al parecer, no se dio necesariamente debido al hambre sino a la presencia del canibalismo como expresión ritual. También pudieron haber cremado los muertos para depositar luego los restos en lugares especiales, tales como fangales, pantanos o abrigos rocosos lejos de los sitios de vivienda. Aceptadas estas prácticas, esto conllevaría a una escasa posibilidad de encontrar restos óseos intactos detectables por los arqueólogos, quienes generalmente están más dispuestos a encontrar sitios de vivienda, canteras y otros lugares de actividad humana debido a su gran visibilidad.

Otra posibilidad es la presencia de un sistema de creencias y un patrón de uso del terreno diferentes, dada la ausencia de grupos Clovis en cuevas (Kelley y Todd 1988), un lugar de ocupación humana popular en el resto del mundo a través de todas las etapas. Cuevas y abrigos rocosos son los únicos sitios que han sido vistos por los arqueólogos en Norteamérica como ocupados en forma muy escasa por paleoindios tempranos e inclusive tardíos (post-Clovis) (Collins 1991; Tankersley 1989. Kelley y Todd (1988: 235) han llegado a proponer que las cuevas no fueron utilizadas por los primeros migrantes (grupos Clovis para estos autores), en primer lugar por que la rápida movilidad no incluía un conocimiento exhaustivo de los sitios que habitaban y el uso prolongado de ellos. De acuerdo a Kelley y Todd, estos grupos simplemente no pudieron haber tenido tiempo de familiarizarse con los recursos locales y, por tanto, no ocuparon cuevas habitables y favorables para su uso pese a su disponibilidad. Finalmente, llegaron al extremo de proponer que la falta de patrones funerarios y rituales derivó en rasgo adaptativo debido al continuo cambio de ambiente.

Si se acepta este planteamiento, no se podrá encontrar entierros humanos en este tipo de sitios. Si los restos humanos no están enterrados en abrigos rocosos, deben ubicarse en otra parte, posiblemente en algún lugar a lo largo de las rutas de migración o en lugares donde es fácil cavar y el cuerpo puede ser depositado rápidamente, patrones funerarios que no necesariamente indican una deliberación y una ideología funeraria sofisticada. Este argumento, sin embargo, no es del todo convincente. Los neandertalenses, sus antecesores y los ancestros de los primeros americanos se caracterizaron por movilizarse tanto o aún más que los grupos Clovis, y encontramos sus restos óseos no solamente en abrigos sino también en sitios al aire libre. Aparentemente, fue una población altamente móvil proveniente de Asia y Europa la que comenzó a habitar el Nuevo Mundo. El hecho subsecuente de que los grupos Clovis evitasen los abrigos está en oposición directa con los patrones de uso del terreno de estas poblaciones ancestrales europeas y asiáticas.

Más aún, ¿cómo es que la no familiaridad con el paisaje local pudo evitar el uso de las cuevas por los migrantes tempranos cuando esta misma gente tenía suficiente conocimiento de la materia prima lítica local como para elaborar herramientas líticas así como conocían los recursos alimenticios locales para sostenerse biológicamente? Ya que el terreno local les fue lo suficientemente familiar para encontrar estos recursos básicos, pudieron haber encontrado cuevas

para utilizarlas como abrigos. Para concluir con estas consideraciones, se puede afirmar que la gran movilidad debe haber jugado un rol en la selectividad y duración de algunos patrones del uso del terreno, pero probablemente jugó un rol menor en la formación de un registro no visible de restos humanos tempranos en las Américas. Por tanto, es más probable que las razones para esta ausencia de restos se debe a 1) una identificación y muestreo arqueológico deficientes de la variedad completa de tipos de sitios utilizados por los primeros migrantes y 2) la práctica de un sistema ideológico y funerario diferentes.

Teniendo en cuenta la tecnología poco desarrollada de los americanos tempranos, se puede esperar encontrar esqueletos en áreas donde era fácil cavar un foso o en grietas naturales o cavernas con el simple propósito de enterrar el cuerpo en un lugar donde estuviera protegido convenientemente de los elementos climáticos y de los predadores. Estos lugares pudieron haber sido dunas de arena o depósitos de sedimento arenosos o suaves, bajo capas de roca o en grietas rocosas, pantanos y fangales o posiblemente en hoyos, arroyos o cañones. Cualquiera fuese el caso, si parece existir un patrón: los lugares más visibles - los sitios de vivienda (especialmente las cuevas y abrigos), las canteras y los mataderos - no eran usados regularmente para enterrar los muertos. Esto implica que la escasez de evidencia de restos humanos óseos se reduce a una cuestión de muestreo arqueológico; en otras palabras, ¡hemos errado al intentar localizar los contextos funerarios primarios de los primeros americanos!

La escasez de evidencias puede explicarse también por la experiencia, quizá única, de los primeros americanos como modernos *Homo sapiens sapiens*. Ellos alcanzaron algo nunca antes logrado por los humanos modernos (excepto posiblemente por los australianos tempranos): conquistaron biológica y culturalmente un paisaje no habitado anteriormente. Con seguridad, esta experiencia adaptativa única aceleró la invención y el desarrollo de la cultura, así como pudo ocasionar el abandono de ciertos procesos de adaptación, tales como el entierro deliberado de los muertos en sitios de vivienda (incluyendo cuevas y abrigos rocosos), un rasgo traído desde el Viejo Mundo. Sabemos que algunos de los americanos tempranos, los grupos Clovis, poseían una tecnología lítica característica, la industria de puntas acanaladas; de modo que ¿por qué no pudieron tener un patrón funerario característico también? Es posible también que no todos los americanos tempranos enterraran a sus muertos o que algunos de ellos los enterraran sólo de tiempo en tiempo o de lugar en lugar, dependiendo de las circunstancias locales. El (otro) aspecto principal de la discusión es que pudieron no haberse desarrollado rituales visibles arqueológicamente y tampoco susceptibles de registrarse en patrones. ¿Perteneían los primeros americanos a una sociedad que no realizaba entierros?

La idea de una sociedad que no realiza entierros en el Pleistoceno Tardío es difícil de aceptar porque desafía algunas de nuestras definiciones occidentales aceptadas acerca de lo que nos hace seres humanos. Pareciera más bien que se plantea con ello una especie de "regresión" cultural en la América temprana (aunque los procesos de entierro si se dan en tiempos del Arcaico Temprano), dado que los europeos y asiáticos tempranos ya enterraban a sus muertos en tumbas y frecuentemente practicaban rituales funerarios. Somos de la opinión de que en nuestro estado actual de conocimientos, la explicación más completa sobre las evidencias disponibles es aquella que pueda explicar tanto el registro biológico y el arqueológico visibles. Esto sugeriría que en la población de las Américas se desarrollaron una serie de caracteres diferentes, relacionados con formas de organización social, tecnología y patrones de uso del terreno distintos, los cuales tampoco resultan bien entendidos. Cuando empecemos a entender estos aspectos de los registros de la población y la manera como ellos se relacionan con las adaptaciones biológicas cambiantes, comenzaremos a comprender los patrones funerarios. El punto de partida es encontrar los restos óseos correspondientes.

Segundo aspecto: las formas coexistentes robusta y grácil

Hasta la fecha, el argumento más aceptado para la colonización de las Américas se sintetiza en el "Modelo de las Tres Migraciones" de Turner II (1983), que parte de la premisa que el hemisferio fue ocupado en tiempos recientes (después de 12.000 a.p.), por sólo tres olas migratorias, las cuales causaron esta diversidad cultural en las poblaciones nativas americanas, y que todas las poblaciones encontradas son de ascendencia mongoloide (del noreste de Asia y la Siberia). Según este modelo, los primeros en alcanzar Sudamérica fueron grupos humanos pertenecientes

a la primera migración, denominados Paleoindios, alrededor de 10.000 a.p. Dos migraciones posteriores al Sur están asociadas con las poblaciones del Holoceno Tardío, llamadas Amerindios.

En años recientes el Modelo de las Tres Migraciones ha sido seriamente cuestionado por antropólogos físicos y arqueólogos. Algunos arqueólogos sostienen que a los humanos les llevó más tiempo entrar en el Nuevo Mundo y que el punto de vista de Turner es empíricamente simplista y temporalmente restrictivo. Por ejemplo, tras estudiar la morfología craneal de los restos humanos de los sitios del Arcaico Temprano tanto en Sudamérica como en Norteamérica, varios antropólogos físicos han demostrado que en el Nuevo Mundo también entraron poblaciones no mongoloides (Lahr 1996; Neves y Pucciarelli 1990, 1991; Steele y Powell 1992 a). Este hallazgo sugiere la posibilidad de una cuarta migración más temprana y que, a fin de aceptar el Modelo de las Tres Migraciones para Sudamérica, la diversidad craneal observada tendría que seguir un sólo patrón, lo cual no parece darse. Evaluando esta proposición, los brasileños Lahr, Neves y otros han llevado a cabo extensos análisis de variación de tipo simple, doble y múltiple en la medición de cráneos tomados de esqueletos humanos tempranos y de nativos sudamericanos modernos. Los resultados de estos estudios mostraron que durante el Periodo Arcaico Temprano, la morfología craneal humana en Sudamérica experimentó un cambio dramático, el cual se encuentra muy bien explicado por el reemplazo genético por una población diferente o no mongoloide y no por una continuidad morfológica como resultado de migraciones secuenciales por parte de la misma población mongoloide. Neves y sus colegas creen en particular que una primera migración de no mongoloides entró a Sudamérica alrededor de 12.000 a.p., si no más tempranamente, mientras que una segunda oleada, esta vez de mongoloides típicos, entró alrededor de 9.000 a 8.000 a.p. Si Neves y sus colegas tienen razón, los arqueólogos serían capaces de demostrar cambios culturales significativos que hubieran tenido lugar en el Pleistoceno Tardío o en el Arcaico Temprano, así como de documentar una antigüedad mayor en el registro arqueológico de Sudamérica, lo cual ha sido el caso (cf. Ardila y Politis 1989; Dillehay et al. 1992).

Desde una perspectiva arqueológica, Chauchat ha observado también una diferencia morfológica entre los restos óseos del Arcaico Temprano procedentes de las vertientes del Pacífico y Atlántico de Sudamérica. El atribuye esta diferencia a la subsistencia regional y a los patrones de adaptación más que a los procesos genéticos y de continuidad en la migración:

Al comienzo del Precerámico [Pleistoceno final], casi todos los restos son dolicocefálicos, mientras que durante el Periodo Tardío [Holoceno Temprano] los esqueletos son braquicéfalos debido a la contribución masiva de cráneos tipo mongoloide. A pesar de esta diferencia formal, sin rasgo de evolución, existe ya una diferencia racial al comienzo del poblamiento del continente. Así, el tipo Paiján es diferente del de otros restos conocidos (Lauricocha, Lagoa Santa, La Moderna), pero la distribución y hábitat, así como los hábitos alimenticios, son factores indudables para esta diversidad (Chauchat 1988: 88).

Obviamente se necesita una mayor cantidad de restos óseos provenientes de sitios sistemáticamente estudiados antes de poder confirmar el rol jugado por la genética, migración y/o adaptaciones locales en la producción de diferencias en las estructuras óseas observadas por los antropólogos físicos y los arqueólogos. Lo que es importante reconocer es que las diferencias biológicas se corresponden con distinciones culturales significativas observadas a través del continente en el registro arqueológico del mismo periodo. Mucha de la variación cultural probablemente se relaciona con las adaptaciones locales y con las combinaciones de los caracteres "heredados" traídos desde el Viejo Mundo y los nuevos caracteres desarrollados en el Nuevo Mundo (v.g. la técnica de acanaladura). Lo que no se llega a comprender es la diversidad biológica.

En el intento por explicar el fenómeno similar de la diversidad biológica temprana en el Viejo Mundo, los especialistas han empleado dos modelos. Uno es conocido como el modelo "de continuidad regional" (Wolpoff 1984); el otro es el modelo "de sustitución" (Cann et al. 1987). De considerar la aplicabilidad de estos modelos para el Nuevo Mundo, se observa que el primer modelo, el de continuidad regional, se realiza en una línea evolutiva desde la forma robusta a la forma grácil. Se asume que la forma grácil se debe a una incursión de mongoloides, que produjo híbridos con una ya existente rama robusta no mongoloide. Mientras que este modelo resulta atractivo para los biólogos, quienes priorizan los aspectos morfológicos, no se concilia bien con

la evidencia arqueológica, ya que los fechados para las formas robusta y grácil son los mismos tanto en Norteamérica como en Sudamérica. Si es que el modelo de continuidad regional tiene alguna validez, este demanda un fechado considerablemente más temprano para la forma robusta, lo cual lleva a preguntar cómo es que la forma robusta, presumiblemente la más temprana de las dos, existe en el Periodo Arcaico. El modelo de continuidad regional entra también en conflicto con el modelo “de sustitución”, el cual se deriva de los estudios sobre el ADN. Este modelo considera que la población amerindia de la rama grácil reemplaza a la población no mongoloide, lo que podría explicar en alguna medida la diversidad genética y morfológica observada en los restos óseos del Periodo Arcaico Temprano de América.

La evidencia arqueológica, la cual se concentra más en los aspectos culturales que en los biológicos, no apoya claramente ninguno de los dos modelos. Más aún, la amplia diversidad del material arqueológico sugiere poblaciones humanas diversas y migraciones diferentes. Sugiere también, sin embargo, la sustitución de una población por otra, si es que aceptamos la presencia de poblaciones pre-Clovis. En otras palabras, esto significa que una forma robusta pre-Clovis puede haber sido asimilada o sustituida en algunas áreas por grupos Clovis tardíos, aunque actualmente todavía no hay evidencia segura para apoyar esta posibilidad.

Pese a que se requieren más datos arqueológicos y biológicos para resolver estos problemas, se puede sugerir que el modelo que mejor funciona con la evidencia existente es el siguiente. En las Américas, los grupos tempranos *Homo sapiens sapiens* de la forma robusta representaban un porcentaje de población con una mínima carga cultural, coexistente, pero a la vez asimilada, con grupos tardíos en algún momento durante el Pleistoceno Tardío. El escaso registro de restos óseos de poblaciones de la rama grácil del Periodo Arcaico representa en primer lugar a mongoloides de origen asiático, posiblemente con una herencia cultural que se remontaba hasta 11.000 a 12.000 años a.p. El “nexo faltante” o ancestro debe de haber sido del tipo robusto, el cual debe haber entrado al Nuevo Mundo en una etapa anterior a los 12.000 años a.p. Este nexo puede ser de un tipo pre-Clovis con afinidades genéticas y morfológicas con el sur de Asia y el Pacífico Sur en primer lugar.

En retrospectiva, cualquiera fuesen el fechado del ingreso y el (los) vector(es) geográfico(s) de migración hacia las Américas, las diferencias observadas en el escaso registro de restos óseos del Periodo Arcaico Temprano tienen implicancias obvias en los patrones de los procesos genéticos, en la transmisión de información cultural y en el tipo de *Homo sapiens sapiens* social y biológico que colonizó Sudamérica.

Conclusiones

Actualmente, existe poca evidencia sólida para confirmar que los humanos colonizaron el Nuevo Mundo con anterioridad a 12.000 a.p. Sin embargo, dada la presencia de puntas acanaladas y artefactos característicos en numerosos sitios tanto en Norteamérica como en Sudamérica, al menos alrededor de 11.000 años a.p., parece en menor medida que los grupos Clovis fueron los primeros en migrar desde Alaska a la Tierra del Fuego. Si eso fuera así, ellos habrían logrado esta hazaña en un tiempo increíblemente corto, posiblemente unas pocas décadas o siglos, convirtiéndose en una de las poblaciones más notables y de mayor adaptabilidad en la historia de la humanidad. El hecho de que no hayamos sido capaces aún de localizar sus muertos sugiere ya que existe un carácter inherente y único para estos grupos o para el tipo de práctica arqueológica administrada al registro de su pasado, el cual, hasta ahora, no ha sido tan exitoso en el hallazgo de sus restos óseos. En el futuro, la investigación local será importante para determinar los tipos y funciones de los lugares de ocupación y/o los sitios habitacionales particulares que pudieron haber sido utilizados por los americanos tempranos para enterrar a sus muertos. Una vez que se encuentren estos lugares podremos reconstruir las adaptaciones biológicas y culturales y los patrones funerarios tempranos, para luego intentar una mejor comprensión de los logros socio-culturales de los primeros americanos.

REFERENCIAS

- Allen, J. y J. O'Connell (eds.)**
1995 Transitions: Pleistocene to Holocene in Australia and Papua New Guinea, *Antiquity* 69, Special Edition.
- Allison, M.**
1985 Chile's ancient mummies, *Natural History* 94, 74-81.
- Ardila, G. y G. Politis**
1989 Nuevos datos para un viejo problema: Investigación y discusión en torno del Problema del Paleoindio de América del Sur, *Boletín del Museo de Oro* 23 : 3-45, Bogotá.
- Bianchi, N.O., G. Bailliet y C.M. Bravi**
1995 Peopling of the Americas as inferred through the analysis of mitochondrial DNA, *Brazilian Journal of Genetics* 18, 661-668.
- Bryan, A.**
1991 The Fluted Point Tradition in the Americas. One of several adaptations to Late Pleistocene American environments, en: R. Bonnichsen and K. Turnmire (eds.), *Clovis: origins and adaptations*, 15-33, Center for the Study of the First Americans, Corvallis, Oregon.
- Cann, R., M. Stoneking M. y A.C. Wilson**
1987 Mitochondrial DNA and human evolution, *Nature* 325, 31-36.
- Cardich, A.**
1964 Lauricocha. Fundamentos para una Prehistoria de los Andes Centrales, *Acta Prehistórica* 8/10, 3-171, Buenos Aires.
1983 A propósito del 25avo aniversario de Lauricocha, *Revista Andina* 1 (1), 151-173.
- Chauchat, C.**
1988 Early hunter-gatherers on the Peruvian coast, en: R. W. Keatinge (ed.), *Peruvian Prehistory*, 41-68, Cambridge University Press, Cambridge.
- Collins, M.**
1991 Rockshelters and the early archeological record in the Americas, en: T. Dillehay and D. Meltzer (eds.), *The First Americans: Search and Research*, 157-182, CRC Press, Boca Raton, Florida.
- Dillehay, T. D. y D. Meltzer (eds.)**
1991 *The First Americans: Search and Research*, CRC Press, Boca Raton, Florida.
- Dillehay, T., G. Ardila, G. Politis y M.C. Beltrao**
1992 Earliest hunters and gatherers of South America, *Journal of World Prehistory* 6, 145-204.
- Gonzalez, R.**
1985 Excavations in Bolivia, *Anthropological Papers of the American Museum of Natural History* 35, 329-507.
- Kelley R.L. y L.C. Todd**
1988 Coming into the country: early paleoindian mobility and hunting, *American Antiquity* 53, 231-244.
- Lahr, M.M.**
1996 *The Evolution of Modern Human Diversity: A Study of Cranial Variation*, Cambridge University Press.
- Lynch, T.**
1990 Glacial-age man in South America? A critical review, *American Antiquity* 55, 12-36.
- Meltzer, D.**
1989 Why don't we Know When the First People Came to North America?, *American Antiquity* 54, 471-490.
1996 Monte Verde and the Pleistocene peopling of the Americas, *Science* 276, 754-756.
- Neves, W.A. y H.M. Pucciarelli**
1990 The origin of the first South Americans: an analysis based on the cranial morphology of early South American human remains, *American Journal of Physical Anthropology* 81, 274 ss.

Neves, W.A., H.M. Pucciarelli y D. Meyer

1993 The contribution of the morphology of early South- and North American skeletal remains to the understanding of the peopling of the Americas, *American Journal of Physical Anthropology Supplement* 16, 150-51.

Politis, G. y D. Olmo

1986 Preliminary analysis of the lithic collection of La Moderna, *Current Research in the Pleistocene* 3, 25-26.

Quilter, J.

1989 *Life and death at Paloma: society and mortuary practices in a preceramic Peruvian village*, University of Iowa Press, Iowa City.

Salzano, F.

1995 DNA, proteins and human diversity, *Brazilian Journal of genetics* 18, 645-650.

Schiappacasse, V. y H. Niemeyer

1985 Descripción y análisis interpretativo de un sitio arcaico temprano en la Quebrada de Camarones, *Publicación Ocasional* 41, Museo Nacional de Historia, Santiago.

Schmitz, P.I.

1987 Prehistoric hunters and gatherers of Brasil, *Journal of World Prehistory* 1 (1).

Stanford, D.

1991 Clovis: origins and adaptations: an introductory Perspective, in R. Bonnichsen and Turnmire (eds.), *Clovis: Origins and Adaptations*, 15-33, Center for the Study of the First Americans, Corvallis, Oregon.

Steele, D.G. y J.E. Powell

1992 Peopling of the Americas: paleobiological evidence, *Human Biology* 64, 303-336.

Stoohert, K.

1985 The preceramic Las Vegas culture of coastal Ecuador, *American Antiquity* 50, 613-637.

Tankersley, K.

1989 *A Close Look at the Big Picture: Early Paleoindian Lithic Procurement in the Midwestern United States*, en: Ellis, C. J. Lothrop (eds.), *Eastern Paleoindian Lithic Resource Use*, 259-292, Westview Press, Boulder.

Taylor, R.E., L.A. Payen, C.A. Prior, P.J. Slota Jr., R. Gillespie, J.A. Gowlett, R.E. Hedges, A.J. Hull, T. H. Zabel, D.J. Donahue y R. Berger

1985 Major Revisions in the Pleistocene Age Assignments for North American Human Skeletons by C-14 Accelerator Mass Spectrometry: None Older than 11.000 C-14 years Ago, *American Antiquity* 50, 138-45.

Torroni, A. y D. Wallace

1995 mtDNA Haplogroups in native Americans, *American Journal of Human Genetics* 56, 1234.

Trinkhaus, E. y P. Shipman

1992 *The Neanderthals: changing the image of mankind*, Alfred Knopf, New York.

Turner II, C.G.

1983 Dental evidence for the peopling of the Americas, in: R. Shutler (ed.), *Early Man in the New World*, 34-55, Sage Publications.

Wolpoff, M.

1984 Multiregional Evolution: The Fossil Alternative to Eden, in: P. Mellars and C. Stringer (eds.), *The Human Revolution*, 62-108, Edinburgh University Press, Scotland.

Zago, M., E. Melo Santos, J.Clegg, J. Guerreiro, J. Martinson, J. Norwich y M. Figueiredo

1995 a-Globin Gene haplotypes in South American indians, *Human Biology* 67, 535-542.